

Reseña



El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*

José María Martinelli**

“ Los enemigos son esenciales”, dice Huntington al comienzo de su libro, haciendo suya una idea que toma de la literatura y subyace a lo largo de su amplia exposición, centrada en la visión de que el mundo posterior a la guerra fría es multipolar y multi-civilizacional. Empero, de la lectura de su trabajo puede inferirse una bipolaridad dominante: China-Estados Unidos.

El libro está conformado por capítulos monográficos que evidencian erudición, sin dejar de constituir una unidad articulada por lo cultural civilizatorio. En este sentido, Huntington retoma una tradición historiográfica que aboga por la superioridad occidental y su prevalencia política, aunque esto, a veces moderado en el texto, se afirma en el contexto. Huntington no escribe desde la neutralidad, ello no establece una crítica, se constata; es importante recalcar —ya lo dijimos en otra oportunidad— que toda propuesta avalorativa, intrínsecamente no lo es. El propio Max Weber, al final de *La ética protestante*, admitió lo vano de su esfuerzo en este propósito.

* Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997, 425 pp. ISBN 84-493-0366-4.

** Profesor titular del Departamento de Economía de la UAM-I.

La obra es estructura en cinco partes que atienden rubros básicos para interpretar la realidad de hoy: la ya señalada multipolaridad en ámbitos multicivilizatorios, el cambio que se opera en el equilibrio de poder entre civilizaciones en desmedro de Occidente, el surgimiento de un orden mundial basado en las civilizaciones, las fallidas pretensiones universalistas de Occidente y, por último, el énfasis en que la supervivencia de Occidente depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental.

Para entender el planteamiento de Huntington resulta clave preguntarse qué es Occidente, o qué lo caracteriza. El autor encuentra la matriz civilizatoria en los griegos, los vínculos que cohesionan son: sangre, lengua, religión y forma de vida. Haciendo un tratamiento al estilo de Weber, considera características de Occidente, las siguientes:

- El legado clásico
- El catolicismo y el protestantismo
- Las lenguas europeas
- La separación de la autoridad espiritual y temporal
- El imperio de la ley
- El pluralismo social
- Los cuerpos representativos
- El individualismo

La ausencia de las características indicadas califica a otras sociedades como carentes. De hecho, son requisitos para occidentalizarse. A este respecto, Huntington inquiriere si en el marco del TLC

(Tratado de Libre Comercio) México va a seguir un camino democrático de “norteamericanización” o si se va a “latinoamericanizar”. Previamente ha señalado —aquí sí de acuerdo con Huntington— que México es un país hispanoindio o, más rigurosamente, hispanoindígena.

En otro orden de ideas, no queda suficientemente claro el porqué de las diferentes magnitudes de los choques étnicos o religioso-culturales entre civilizaciones. Esto es, por qué luchas tribales en África tienen repercusión limitada, mientras que los conflictos en Bosnia y Serbia-Kosovo alcanzan dimensiones de guerra con una potencialidad expansiva enorme. Es un hecho que los Balcanes tienen una ubicación estratégica que históricamente ha repercutido en Europa Central y Rusia como franja en permanente disputa desde la Primera Guerra Mundial hasta los recientes bombardeos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en Yugoslavia en este siglo, pero también lo es que los espacios culturales tienen una base económica o, en su defecto, que las coincidencias culturales regularmente conllevan coincidencias económicas, cuando no asientos de intereses hegemónicos expansivos (antes imperialistas); tal es el caso de la intervención estadounidense en los Balcanes a través de la OTAN.

Sin perjuicio de lo expuesto, corresponde decir que en el capítulo tercero, el más logrado y con perfil de ensayo, Huntington precisa los alcances de la

expansión occidental, básicamente norteamericana, en diferentes planos. Destaca la importancia y gravitación de la comunicación; sin embargo, con agudeza señala que más que producirse “nucleamientos identificatorios” se propician procesos de diferenciación entre civilizaciones. Es igualmente enriquecedor la manera en que aborda los idiomas, derrumbando el lugar común del inglés como idioma universal; en todo caso *lingua franca*, medio de entendimiento que no elimina la lengua natal. Con base estadística muestra que el idioma de mayor expansión en la segunda mitad del siglo xx es el mandarín. Se echa por tierra el entusiasmo de los apologistas de la globalización, que ven en ella una *pródiga* civilización universal, apoyados en un positivismo ramplón, acrítico.

En la última parte del libro asoma cierta desmesura. Huntington remoja sus blasones occidentalistas asumiendo posiciones intelectual y políticamente agresivas. La recomendación es clara:

Estados Unidos debe fortalecer nexos con Europa en el marco de seguridad de la OTAN, para restablecer “el poder de Occidente a los ojos de los líderes de otras civilizaciones”.

El punto de partida del profesor Huntington es su punto de llegada; si no existen enemigos hay que fabricarlos. En un ejercicio de simulación bélica a raíz del control del petróleo de su mar meridional, China se ve envuelta en una guerra frontal con Occidente en la que combaten todos contra China. Aquí Huntington vuelca toda su experiencia para producir un escenario escalofriante; no es delirio ni paranoia, es una posibilidad lejana, de factibilidad remota que utiliza como advertencia y llamado para los líderes políticos de su país. Desde la historicidad bíblica y con ese realismo de miedo de los norteamericanos podría decirse: hacer la guerra para ganar la paz. Pero la paz no se gana matando, es un consenso civilizatorio. Cabe recordárselo al profesor Huntington.